

PRESENTACIÓN

En los inicios de la cuarta centuria antes de Cristo, Platón –en plena madurez filosófica– escribió uno de sus diálogos más notables, el *Cratilo*, en el que reflexiona sobre la exactitud de las palabras. Desde entonces y hasta nuestros días el misterio del lenguaje constituye una de las inquietudes más persistentes de nuestra especie. No se trata de un hecho gratuito: lo propiamente humano pasa siempre por su incesante criba y al pensamiento mismo no le asiste mejor recurso para ejercer su fatigado oficio.

Desde luego no sólo empleamos las palabras para pensar (incluso para pensar en las palabras); el lenguaje se encuentra en la base de casi toda nuestra experiencia. Afectos, emociones, imaginación, encuentros y desencuentros, creencias, decisiones, elecciones, preferencias... en fin, prácticamente toda conducta se nutre y realiza en y a través de este *humus* omnipresente en la actividad humana.

También, por supuesto, el hecho discriminatorio. Aprendemos a nombrar a las cosas y a las personas a partir de nuestro entorno; al mismo tiempo, integramos prejuicios, matices despectivos, atribuciones arbitrarias. Productos y productores del hecho lingüístico pasamos la vida lidiando con las palabras, produciéndolas y reproduciéndolas, la mayor parte de las veces sin conciencia del oscuro poder que esconden.

Sin embargo, no por huidiza esta fuerza es menos efectiva en la realidad. El lenguaje de la discriminación se alimenta de la carne y la sangre de personas puestas históricamente en situación de vulnerabilidad. El niño estigmatizado por vivir con una discapacidad, el indígena rechazado por su origen étnico, el individuo con preferencias distintas a la heterosexual, entre otros muchos ejemplos posibles, son cotidianamente víctimas de parodias, mo-tes y apodos humillantes que afectan de manera severa su cali-

dad de vida e incluso la imagen que tienen de sí mismos, atendiendo contra su dignidad.

Tal situación, por lo demás, no se resume en sucesos aislados. Más bien por el contrario, nuestra cultura está traspasada por hábitos lingüísticos que son a menudo vejatorios y ofensivos para quienes difieren en algún aspecto de la mayoría. Y ello tiene lugar en todos los ámbitos, desde la escuela hasta los juzgados, desde la casa familiar al sitio de trabajo.

Por ello conviene saludar con entusiasmo el presente trabajo de Héctor Islas Azaïs, cuarta entrega de la serie “Cuadernos de la igualdad”, donde el autor nos invita a reflexionar sobre el vínculo entre lenguaje y discriminación, atendiendo a los variados aspectos de este ominoso fenómeno.

Estoy seguro de que el lector encontrará este ensayo interesante y revelador, más aún porque también nos muestra que no es preciso sacrificar la profundidad a la claridad de la exposición.

GILBERTO RINCÓN GALLARDO